

Gil Gómez el insurgente o La hija del médico. Novela histórica mexicana

Juan Díaz Covarrubias

Uno de los hechos más lamentables para las letras mexicanas del siglo XIX fue la ejecución en Tacubaya de Juan Díaz Covarrubias en 1859, a los 22 años, ya que muy probablemente, de no haber sido fusilado, se hubiera convertido en una de las figuras literarias centrales de ese siglo. Pese a tratarse de una obra de juventud, *Gil Gómez el insurgente* es una prueba de que el escritor ya había logrado asimilar modelos literarios pertenecientes a otras tradiciones; no sólo eso, que las había integrado de acuerdo con el planteamiento fundamental de la Academia de Letrán de mexicanizar las letras. En las páginas de esta novela es posible encontrar una mezcla entre la estructura de la novela de folletín francesa a la que el autor sumó elementos de la novela histórica de Walter Scott y otros cultivadores del género, mezclada con las aventuras a lo Dumas, para finalmente añadir la tradición hispánica del pícaro. Todo esto siguiendo los requerimientos de una literatura que, además de buscar seducir y entretener habilidosamente, era consciente del lugar que tenía en la conformación de un sentido nacional.

En el centro de todo esto tenemos a Gil Gómez, un héroe ficticio de la Independencia de México creado por Díaz Covarrubias que, de acuerdo con el narrador, de niño fue criado por el dueño de una hacienda como hijo suyo. Siguiendo a Fernando, su hermano adoptivo, por un golpe del destino, llega a la casa del cura Hidalgo la noche en la que Allende le trae la noticia de que la conspiración ha sido descubierta. El cura convence a aquel joven de unirse a su causa, y, a partir de ese momento, se vuelve de su entera confianza. Gil consigue frustrar los intentos de asesinar a Hidalgo hasta que cae en una emboscada. Tiempo después, cuando Fernando regresa tras haber sufrido un

desengaño amoroso para reencontrarse con Clemencia, su amada enferma de gravedad, Gil reaparece para salvarlo de un intento de asesinato y lo acompaña, en calidad de hermano, al lecho en el que expira la joven.

La trama contada así pareciera muy sencilla, sin embargo, no lo es, el lector encontrará que el escritor domina los mecanismos de la intriga y el entramado de diferentes hilos argumentativos. Remata los capítulos en un momento interesante que despierta el interés por continuar la lectura. Se trata, indudablemente, de una de las novelas populares más importantes de la literatura mexicana del siglo XIX, que en sus páginas mezcla ficción y sucesos reales con una intención estética que se inserta en el Romanticismo. La obra contiene una intriga palaciega cuyo centro es un personaje femenino, Regina de San Víctor, cortesana que promete el goce carnal a su amante, don Juan de Enríquez, a cambio de la cabeza de Hidalgo. Emparentada en maldad con la Milady de Winter de *Los tres mosqueteros*, los deseos de esta Salomé virreinal se cruzarán con Gil, personaje que tiene su origen en esa larga estirpe que comenzó con Lázaro de Tormes y que tiene como pariente mexicano a *El periquillo sarniento*. Compruébese este parentesco en la magnífica secuencia de las andanzas escolares de Gil en compañía de su hermano, cuando se convierte en “caudillo de travesuras y motines”.

Como puede leerse en el capítulo VIII, “Del estado de la Nueva España en 1810”, cuyo título pareciera más bien de un tratado, Díaz Covarrubias hace el cruce de la acción novelesca con los hechos históricos. Ahí, no sólo contextualiza su relato, sino que deja que los lectores conozcan las fuentes historiográficas empleadas. Menciona los nombres de los historiadores que fueron imprescindibles para su recreación de la Independencia, Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante y Lorenzo de Zavala, de los cuales prefiere a este último.

En lo que respecta a la concepción de personajes, es importante señalar la pretensión de esta novela histórica por humanizar a los personajes notables de su momento: el padre Hidalgo de Díaz Covarrubias no sólo es el gran

estratega de los libros de Historia Patria, sino también un ser humano, cuya tragedia se desprende de su confianza ciega en quienes lo rodeaban. A continuación, la descripción física que de él hace el autor:

Era Hidalgo un anciano que representaba tener más de sesenta años, su frente y la parte anterior de su cabeza, desprovistas enteramente de pelo, estaban surcadas por esas huellas que dejan sobre algunos hombres extraordinarios, más que el tiempo, el estudio y la meditación, su tez era morena, pero extremadamente pálida, con esa palidez casi enfermiza que causan las vigiliadas y las amarguras de la vida: sus ojos lanzaban miradas ardientes y profundas, que algo amortiguaban[,] sin embargo, la melancolía y la benevolencia, su nariz recta, su boca pequeña con ese recogimiento particular hacia las comisuras que imprime la fruición interior del alma: y aquel rostro todo tan severo, tan noble, tan profundamente pensador, por decirlo así, estaba inclinado sobre el pecho, como si el peso de la reflexión ó del martirio de la existencia lo hubiese doblegado. Su estatura era mediana, delicada, pero vigorosa, como si el espíritu le comunicase una parte de su energía y de su vida. Vestía modestamente una chupa de paño negro sencillo; un chaleco del mismo color se abotonaba gravemente sobre su pecho, unos calzones del mismo paño se continuaban con unas medias de lana negras, siguiendo severamente en el traje [sic], la costumbre adoptada por todos los religiosos que pertenecían al clero pobre, que era la que el Arzobispado había establecido.

De este personaje es necesario destacar la capacidad para descubrir al héroe que se esconde detrás del pícaro y lograr que Gil ponga su ingenio y su tenacidad al servicio de la causa insurgente para convertirlo en uno de los personajes heroicos más destacados de la literatura mexicana. El fragmento es importante, porque adopta la formalidad de la ceremonia de investidura de un caballero andante:

—Joven, es usted demasiado niño todavía para comprender el tamaño de la empresa a que me lanzo; pero, si bien no puede ser la cabeza que piensa y dirige, sea ud. al menos el brazo que ejecuta. Yo le aseguro que no será un ciego instrumento del crimen ni de venganzas villanas; por el contrario, defiende ud. la causa de la patria, de la religión y de la justicia, dijo Hidalgo con acento de solemnidad.

—Así lo creo, señor, porque todo en ud. me lo está revelando ¿cuál es ese juramento?

—Arrodíllese ud. delante de esa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, dijo Hidalgo.

Gil Gómez ejecutó con una devoción de niño lo que se le mandaba.

—¿Jura ud. defender la santa causa de la independencia de la Nueva-España, contra los tiranos europeos que la esclavizan?

—Sí, juro.

—¿Jura ud. obrar siempre en acuerdo con los sentimientos de la religión, la fraternidad y la justicia? continuó el anciano con su misma solemnidad.

—Lo juro, con todo mi corazón, exclamó el joven.

—Pues ahora, levántese ud. porque desde este momento pertenece completamente a la causa de los Americanos.

La obra apareció en la imprenta de Vicente Segura, ubicada en la calle de Cadena 10. Además de ser fundador del periódico satírico *Don Simplicio*, junto con Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez (1845-1847), y colaborador de *El Museo Mexicano*, Segura fue el primer impresor de la letra del himno nacional. Tanto el autor de *Gil Gómez el insurgente* como su editor tuvieron un destino similar;

la muerte de este último ocurrió también en Tacubaya, durante el mismo conflicto armado.

Sergio Hernández Roura

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional de México / Hemeroteca Nacional de México

Bibliografía · mínima
IA Conquista
y la Consumación
IA Independencia
PATRIMONIO DOCUMENTAL EN LOS CENTENARIOS DEL 2021